AFROGALLEGOS

África en Galicia. Burela se ha convertido en una extensión de Cabo Verde. En este pueblo de Lugo, la inmigración no es algo nuevo: los afrogallegos viven aquí desde hace décadas.

PÁGINA UNO

Manuel, el hijo de Yvonne, nació el día de Nochebuena de 1990. Cuando llegó el parto, la madre estaba sola. Manuel da Silva, el padre, trabajaba en alta mar. Quizá a esa hora estaba peleando con un frío correoso en el túnel de hielo del congelador Manolo María. Quizá la brújula, como una sarcástica ruleta, les había orientado hacia el mar de Cabo Verde, detrás del pez espada. Le tuvieron que hacer una cesárea, pero Yvonne Pereira estaba también desgarrada por el recuerdo, uno de esos dolores que emiten señales que los demás no pueden percibir. Tenía otros tres hijos. Los podía oír, pero sabía que aquella pared que la separaba de ellos, de Nené, Nelo y Emilio, tenía miles de kilómetros. Un muro que llegaba hasta Porto Mosquito, en la isla de Santiago, la mayor y más poblada de Cabo Verde.

Cuando estaba embarazada de Manuel, en la diáspora, notaba el peso en el vientre, pero también sobre los hombros y la espalda. En la antigüedad, algunos sabios discutían sobre el peso del alma. En Cabo Verde existe una medida precisa: la sodade (saudade). La saudade es la materia prima de la morna, un canto nacido de la emigración, un arte del adiós, que se ha hecho melancolía universal en la voz de Cesaria Évora, la dama de los pies descalzos:

“¿Quién te mostró
Este camino lejano?
Sodade, sodade, sodade…
Si tú me escribes

Yo te escribiré
Si tú me olvidas
Yo te olvidaré
Hasta el día que vuelvas".

Por cierto, que uno de los más célebres autores de mornas, Eugenio de Paula Tavares, fallecido en 1930, era hijo de portugués y española. Fue un gran poeta del amor y un periodista corajudo. Por sus ideas republicanas, tuvo que huir, disfrazado de mujer, a Estados Unidos. En Nova Sintra, dice una placa en su honor: "Allí en los confines siderales, brillan astros singulares, pero en la tierra brilla uno para siempre, Eugenio Tavares".

Pero estábamos hablando de Yvonne. De una morna contemporánea, de una mujer real, una noche de parto de una inmigrante solitaria, a miles de kilómetros de Cabo Verde, donde sus otros hijos a la espera de los papeles, varados por la burocracia. A veces, el sentimiento adquiere un peso excesivo y entonces se dice: "Tengo una saudade que se sale de la medida". Así nace una morna, el lado inmedible de la tristeza. Y eso fue lo que sintió Yvonne aquella Nochebuena, cuando, después de parir, le dijo rotunda al médico que la atendía: "¡No quiero tener más hijos!".

El belén lluvioso donde nació Manuel se llama Burela. Durante algún tiempo, a Yvonne, que ahora sonríe como una gioconda negra, y abre el aparador, donde hay un estante con una gran enciclopedia y fotos de los niños y un retrato del Papa de Roma, y surge una despensa prodigiosa, ¡Cabo Verde a la vista!, de bolaza (galleta), xerem (maíz menudo), café-café, y te ofrece también probar grogue, el licor de la caña de azúcar; pues bien, a Yvonne, que en Cabo Verde, desde niña, hacía cerámica, algo que sólo hacen las mujeres, el torno es su propio cuerpo, que gira y gira; a Yvonne,

digo, al principio de su estancia, todo en Burela le parecía extraño y sombrío. Su cabeza giraba sobre el vacío. La saudade se salía de la medida. Tenía el peso del mundo. Arrastraba los pies. Hasta que consiguió los medios y los papeles para traer a sus hijos y reunir, por fin, a la familia.

Entonces, la 'saudade' dejó paso al fumaná, que es un baile frenético, una danza del torno del cuerpo, de la pelvis, con música de acordeón diatónico y el filo de un cuchillo que rasga una barra de hierro. Y al batuque. El batuque es a la vez un ritmo, un canto y un ritual. Fue, en su origen, una expresión de los esclavos. Tiene el sello, como tantos otros estremecimientos musicales, de la humanidad que se sobrepone a la intemperie. Se cuenta que a los amos no les chistaba esa percusión carnal y la tenían prohibida. Sólo lo interpretan mujeres, colocadas en rueda. Y el instrumento es el más insólito y sencillo que una pueda imaginarse: un paño húmedo, enrollado, sujeto con los muslos. Lo más usual es una toalla envuelta en plástico. El sonido alcanza la rara intensidad de un tambor nacido del cuerpo. Y va acompañado de letras que hablan de cosas reales. Yvonne y otras 10 mujeres caboverdianas formaron en Burela el grupo Batuko Tabanka. Tocan en celebraciones de la comunidad inmigrante, pero también en fiestas por Galicia adelante, y pronto aparecerán en un disco de Os Diplomáticos de Monte Alto, introduciendo un nuevo latido en el más allá del rock gallego. Cuando suena el batuque, el paisaje de Burela se despereza. Cambia el clima. Se abre una claraboya en el cielo. Aparece una nueva isla en el mapa.

Cabo Verde es un país africano y atlántico, al sur de las Canarias y al oeste de Senegal, formado por 10 islas. Colonizado por el reino portugués en el siglo XV, fue,

por su ubicación, un centro mundial del comercio de esclavos. Cuna de Amílcar Cabral, el liberador africano que tenía un tantán en la garganta, alcanzó la independencia en 1975. La lengua popular es el crioulo, mezcla de portugués y hablas africanas. La mayoría de la población es católica a su manera. Sus expresiones culturales tienen ese sello especial de las islas esponja, donde todo termina por mezclarse y renace distinto. El régimen unipartidista que siguió a la independencia ha dejado paso a un sistema plural. La gente tiene fama de ser muy tranquila. Sólo hay un inconveniente que altera los nervios del pueblo más tranquilo: la memoria del hambre. La temperatura media es de 24 grados. Si lloviese con sabiduría, sería un vergel. Hay años en que el paisaje reverdece y el maíz germina hasta en la cima de las montañas. Pero es un país pobre, castigado por las sequías, la bruma seca de polvo de arena que traen los vientos del Sáhara, y las aguas torrenciales que agravan la aridez. Tiene mucha riqueza en el mar, pero la mayoría de los pescadores faenan en pequeñas barcas. La natalidad es alta. Allí viven unas 400.000 personas.

Otros tantos caboverdianos viven en la emigración, establecidos, sobre todo, en América del Norte y Europa. A Estados Unidos llegaron primero enrolados en balleneros. Encontraron una oportunidad en el campo. Luego, en mayor número, en la industria textil y colchonera. Así que lugares como New Bedford o Brocton forman parte de una toponimia íntima. Cuando la ruta americana se complica, la necesidad apunta hacia Europa. Portugal, Holanda, Francia o Suiza y, desde hace algunos años, también España. Zaragoza, Bembibre… Burela.

Italo Calvino escribió una hermosa geografía sobre ciudades invisibles. ¿Sabe usted dónde está Burela? No, seguramente no. Pero en Porto Rincão, en Santa Catarina, en Tarrafal, en Porto Mosquito, en la feria de Assomada, en Praia, en la isla de Santiago, capital de Cabo Verde, todo el mundo sabe donde está Burela. Es un lugar muy especial en la emigración. Es, en cierta forma, una undécima isla. Una isla invisible, lejana, de geología humana. Para ellos, comenzó a emerger hace unos 25 años. Al norte de Galicia, en la costa de Lugo. Allí, todos los hombres caboverdianos trabajan en el mar. Embarcados en campañas que pueden durar meses. Muchas veces, faenan cerca de Cabo Verde. Pueden divisar a compañeros de infancia luchar contra el gran pez en los frágiles botes. Incluso pueden recalar en Mindilo, conocer el local donde canta Cesaria, pero quizá la sodade ya reside en otro lugar. Allí donde viven sus familias. Son pescadores de Burela.

Si en Burela se acuñase moneda propia, debería tener grabados en el anverso un bonito y en el reverso un pez espada. La pesca industrial ha convertido la antigua aldea en una ciudad balbuciente, donde las construcciones crecen y se aglomeran con impaciencia. En 1975, Burela tenía unos 2.000 habitantes y ni siquiera era municipio. Ahora, la población, con un alto número de transeúntes, rebasa los 10.000. La hipotética moneda podría estar bañada con el brillo rápido del aluminio, no en vano la gran planta de Alúmina, en el cercano San Ciprián, es el otro bastión de un súbito despegue que cambió la vida, dejando atrás, casi sepultada, una memoria de campesinos, pescadores artesanos y emigrantes. Una memoria gallega que, cuando no está afectada por el virus del olvido, podría entrelazarse con la de Cabo Verde. En la costa lucense todavía se distingue la

arquitectura de las casas de indianos, los emigrantes que hicieron fortuna en América, con las palmeras alzadas como blasones triunfales en el jardín. En Cabo Verde también existe la figura del americano, del emigrante que volvió para casarse y levantar una casa con poderío. Pero la historia real de la emigración, antes como ahora, tiene poco que ver con el guión de una fantasía.

Los pescadores suelen jubilarse a los 55 años. Alvarinho Tote, nacido en 1940, casado, con seis hijos, estaba convencido de que este año iba a culminar por fin su sueño. El de vivir con su mujer en Cabo Verde, no en una de americano, pero sí en una casa decente. Dos de sus hijos, Simón y Joan, también son tripulantes de pesqueros de Burela. Cuando hablé con Tote, Joan llevaba cinco meses seguidos en el mar, trabajando en el túnel. Lo último que sabía de él es que habían descargado en Perú. Y aquí vive su hija Santinha. Otra, en Zaragoza. Le quedan dos en la isla de Santiago. Quizá había llegado el momento de reposar la cabeza y abrir, como se suele decir, el libro de la vida a alguno de sus 32 nietos. Contarles, por ejemplo, la época de los morgados, de los señores de la tierra, de su infancia campesina, de la impresión que le causaba ver al amo hablarles montado en la grupa del caballo y con la cazadeira (la escopeta) siempre en ristre. Hablarles de las hambrunas de los años cuarenta, cuando muchedumbres de muertos vivientes vagaban por la isla. Relatarles cómo abrían camino bajo tierra, en jornadas de día y noche, para el Metro de Lisboa. Y narrar, por fin, cómo llegó a Burela y trabajó en el mar durante más de 20 años seguidos. Todo parecía en regla para la jubilación. Pero el tranquilo Tote, él, que nunca enfermó en el mar, empezaba a sentirse nervioso. Llevaba meses esperando que se tramitara su caso sin cobrar un duro, ni el paro. Mientras

tanto, en el piso de Burela, cocinaba, porque tiene buena mano, para jóvenes caboverdianos a la espera de la cartilla de embarque. Por fin le llegó una respuesta. En el cómputo, aún le faltaban meses. Tenía que volver al mar. Y Tote Alvarinho no discutió nada con los tipos de los papeles. Bajó al muelle con lo puesto y pidió embarcarse de nuevo. Por ahí andará tras el pez espada, quizá cerca de Cabo Verde.

Tote es uno de los históricos caboverdianos enrolados en la flota de Burela.
"Mar é nós distino". El mar es nuestro destino.

En realidad, los primeros inmigrantes no llegaron buscando un barco de pesca. No es un buen destino para nadie. La eficacia de la flota gallega reside en el factor humano. Pese a la leyenda del mar, en la que son diestros armadores, políticos y poetas que nunca pisaron una cubierta de un pesquero en alta mar, cada vez resulta más difícil que se enrolen tripulantes gallegos. Se habla mucho del problema de la pesca, se lanzan soflamas patrióticas contra la UE, pero nada del problema de los pescadores. De los bajos salarios, de las condiciones brutales en que se trabaja.

Los pioneros de Cabo Verde en la costa de Lugo llegaron contratados para trabajar en la construcción de la planta de Alúmina, en los años 1977 y 78. Ninguno de aquellos hombres obtuvo más tarde empleo en la fábrica. Lo que sí ocurrió fue un desplazamiento en la mano de obra local. Todo aquel que pudo dejó el tormento del mar por un empleo en tierra. La flota de Burela crecía con ímpetu. El nido de pescadores se había transformado en uno de los puertos pesqueros más importantes del norte de España.

En Bembibre (León), los

caboverdianos bajaron a las peores minas, al submundo de los chamizos. En Burela se subieron a los barcos para afrontar las más duras y largas campañas. Los espacios límite de la inmigración.

Los que estaban casados trajeron a sus mujeres, y, cuando pudieron, a sus hijos. La isla invisible se fue poblando. Muchos de ellos ya han nacido aquí. Como Manuel, el del día de Nochebuena. O Víctor, el hijo pequeño de Marizinha, que nació en un taxi, de camino, en Mondoñedo, porque hasta hace poco había que ir a parir a Lugo, a 100 kilómetros. Aunque, en historias de partos, me llamó mucho la atención la de Antonina. Le dijo al médico: "No puedo parir, que tengo mucho trabajo". Y era verdad que tenía mucho trabajo. Ha trabajado de limpiadora, de cocinera de restaurante y ahora cuida ancianos. Los cuida de tal forma que, cuando están enfermos, duerme con ellos en el hospital. Antonina es, ella sola, un servicio público. Y le pasan cosas muy curiosas. En una ocasión, en Lugo, una mujer se le quedó mirando, era la primera negra que veía en su vida. Y le dijo: "¿Puedo darle un beso?". Y Antonina le contestó: "No".

SIGUIENTE COLUMNA / SUBIR PÁGINA DOS

EL PAÍS SEMANAL
Domingo 27 de octubre de 2002

La 'saudade' se lleva por dentro. Tam-bién

la dimensión de los sueños. No escucharás un lamento. Es difícil encontrar un inmigrante iluso. Cuando llega un nuevo caboverdiano, un nuevo pescador para Burela, no demora su marcha al mar. Lo que le trastorna es estar encerrado en un piso por el retraso en los papeles de embarque. Joan Oliveira, padre de cinco hijos, consiguió emigrar a los 30 años, el 28 de diciembre de 2000. En la isla invisible todos se conocen por el nominho, el alias, nada de apellidos, así que Joan Oliveira es Latino. “Desde que tenía 18 años, soñaba con marchar. Lo intenté una y otra vez. Pescaba con un pequeño bote, pero no había forma de mejorar. En Porto Rincón no tenemos ni una rampa para el pescado. Había una fábrica de hielo, pero no funcionaba. La electricidad no alcanza para la mitad del pueblo. Esto no es lo que pensabas, pero te encuentras bien. El caboverdiano es respetado porque trabaja con fuerza, con moral, no tiene miedo al trabajo”. En el barco de Latino trabajan tres caboverdianos, dos portugueses, un peruano y seis gallegos. Las relaciones son buenas, en el barco y en el pueblo, pero no deja de llamarle la atención el lenguaje duro, las abundantes blasfemias, en la forma de expresarse el español: “El portugués es más elegante”.

Latino lleva dos piezas de oro. Un anillo y un gran colgante con el rostro de Cristo. Las alhajas son símbolos para el inmigrante de Cabo Verde. Es la forma de expresar que se prospera. Nadie puede llevar un cochazo al archipiélago.

En la llamada aldea global, puedes entrar en la página web de Santa Claus pero es muy difícil comunicar con Porto Rincao, donde sólo hay un teléfono, que suena o no suena.

Por la isla invisible circula un vídeo. Luzía

Fernández, una antropóloga que trabaja desde hace años en la integración de los inmigrantes en Burela, viajó a Cabo Verde, recorrió caminos intransitables, y fue grabando mensajes de las familias.

Cantan, bailan, ríen y lloran para ellos.

La madre: “Latino: toda la noche sueño contigo, no me dejas dormir, ¿por qué no llamas?”. Pero Latino ya está en el mar.

En la precipitada expansión urbana de Burela, quedó oculto entre medianeras un archipiélago de huertas sin manos, marchitas o cubiertas de maleza. Huertas convertidas en solares improductivos, a la espera de la hormigonera y la grúa. Ahora ha vuelto a cantar la tierra sonámbula. Canta en crioulo. Reviven los cultivos. El maíz con su sutás de habas, las zapatinhas (judías), la parentela toda de legumbres, tubérculos y verduras. En uno de esos solares recuperados charlamos con Mariazinha Tavares y Dezideria Gonçalves. Tienen un humor de campesinas gallegas, como si la retranca se contagiara con la tierra. Alguien les pregunta si les gustaría que una hija suya se casara con un blanco. Y Dezideria contesta: “¿Y tú qué piensas?”.

A la isla invisible, en la maleta del inmigrante, llegan pertenencias que tampoco se ven. Cosas muy importantes. Recuerdos, como el hermoso canto en la noche de un pájaro llamado cagarro. El primer baile de funaná en el Liceo Dance. Los colores de una barca: rojo, blanco, azul. Un árbol centenario, el obaobad. La música y las palabras de la tribu. Sabores como el guiso de gachupa. Picardías: “Comeré cada grano de tu cuscús”. Pero también tradiciones que, de repente, adquieren la utilidad de la mejor herramienta.

Una de esas costumbres es el yuntamon (unir las manos). El apoyo mutuo.

Las mujeres hacen yuntamon para alquilar huertas baldías y cultivarlas. Para cuidar los críos de las que hacen otro trabajo. Para organizar las celebraciones. Para ayudar monetariamente a quien tiene un apuro. Para peinarse: diez manos trenzan a velocidad de vértigo un complicado peinado afro. Para tocar el tabuque, que es una forma de terapia colectiva.

Pero también hay otro detalle muy importante. Son las mujeres que las tienden hilos y zurcen las relaciones con la comunidad, con toda la gente de Burela. Son las interlocutoras ante las instituciones. Las pacientes gestoras en el laberinto burocrático. Las que hacen frente a situaciones absurdas: Hasta hace pocos años los caboverdianos no figuraban en el censo. Y niños españoles, nacidos en España, estaban en una especie de limbo apátrida por ser hijos de inmigrantes. Te cuentan historias bastante bochornosas de burócratas negligentes o xenófobos. Muchas de esas mujeres, las casadas con marineros, tienen que ejercer también de padres, como suele ocurrir en las familias del mar. Y eso las hermana, ya de entrada, con las otras mujeres de pescadores de Burela. “Nadie se pregunta de dónde has venido, de qué color es tu piel, cuando se comparte la angustia de una espera en el muelle, bajo la lluvia y el frío”.

Hubo un intento de crear empleos para las mujeres caboverdianas alrededor de la pesca, como rederas. No salió adelante, como tampoco otras alternativas previstas en un plan de integración denominado Proyecto Bogavante, que dirigió Luzía Fernández. Ella, a sus 31 años, no es una antropóloga en Marte. Se ha implicado totalmente en el trabajo con la

comunidad inmigrante. Es muy crítica con la imagen idílica de una “integración perfecta” divulgada por las autoridades municipales y autonómicas sobre la situación en Burela. “No interesa realmente que los grupos se organicen y tomen decisiones e iniciativas por sí mismos. Comprobé el poco interés que hay en los despachos del poder por resolver los problemas reales de los inmigrantes”. Ella pone dos ejemplos que cuestionan esa imagen idílica: El fracaso escolar en la segunda y tercera generación de emigrantes y la inexistencia de matrimonios o parejas mixtas después de tantos años de la llegada de los primeros inmigrantes.

Ahora, Luzía Fernández, una persona clave en la emersión de la isla invisible, enseña un curso de crioulo y cultura caboverdiana para los profesores de los centros públicos de la comarca.

La Iglesia, como la enseñanza, es un espacio fundamental de encuentro. Ya se dijo que los caboverdianos son muy católicos. Bueno, como los gallegos. En quien más confían, a juzgar por las invocaciones en las misas, es en los santos intermediarios y en la Madre de Dios. De todas formas, el párroco, Ramón Marful, 63 años, que es también arcipreste de la comarca, no es el más optimista del lugar. Se queja de la indiferencia de las autoridades y de las clases más favorecidas. Y entre los sordos incluye a los altos cargos eclesiásticos. La última puerta a la que llamar para inmigrantes en apuros o marginados es la de la iglesia: “Y no

tenemos medios para atenderlos”.

Mientras muestra con orgullo en el álbum de fotografías de los monaguillos y cita por su nombre a los niños caboverdianos, el párroco va hilvanando un diagnóstico: “No se hace política social porque ahora no da votos. La sensibilidad sería distinta si la inmigración tuviera voto”.

Hoy, Yvonne y sus compañeras, como Jacinta y Alejandra, han hecho yuntamon, han unido las manos para recoger algas en el litoral, destinadas a la fabricación de productos de maquillaje o medicinales. Cargan con los fardos por las rocas, los suben por una cuesta empinada. Cae una llovizna y las gotas se confunden con el sudor en la cosmética natural de las caras. Llenan el remolque del camión, son unas cinco toneladas, pero el comprador las desilusiona. ¡Ah si estuviesen secas! Secas podría pagarles hasta el equivalente a 50 pesetas el kilo. Pero así, mojadas, serán nueve pesetas. Tendrían que buscar un terreno para un secadero. Ellas ni siquiera intentan un regateo. Se ríen de cansancio. ¡Han llenado el camión! Sí, habría que buscar un secadero. El que está serio es Manuel. Aquel chaval nacido el día de Nochebuena ha venido a ayudar a su madre y contaba con una paga mayor. Tiene ya 12 años. Juega al fútbol en los infantiles del Burela. Golpea un balón imaginario en el aire. Le gusta Kluivert, el jugador del Barça. Tiene su pelo rizado.

–Pues te pareces a Kluivert.
Sopesa la observación. Se encoge de hombros.
–A veces, en el campo, me llaman Macaco.
–Ni puto caso.
–¡Psssh! Me da igual.

Manuel no tiene problemas de nacionalidad. Es español, es

caboverdiano, es gallego. En cuanto a identidades culturales, además del fútbol de Kluivert, por ahora le gusta el cachondeo latino de Chayane y los puños de Van Damme. Como a todos. Como a mí. Si le insisten, tal como se haría en una de esas encuestas pelmas sobre el sentimiento de pertenencia, Manuel lo tiene claro: "¡Soy de Burela!".

El hermano de Manuel, Emilio, que tiene 18 años, y también juega al fútbol, no cree en la profecía poética convertida en fatalidad: Nuestro destino es el mar. Al menos, le gustaría incumplirla. Ha hecho un curso de jardinería y le gustaría encontrar trabajo en tierra, como a cualquier joven de su edad en Burela. Como a David. Fue estos años el gaitero más célebre de la comarca. Como dice él, "el primer gaitero de color". Alguna vez tuvo que escuchar de algún patán: "¡Que le den una gaita blanca!". Pero, en general, fue una experiencia provechosa. "Un buen rollo". De algunos pueblos llamaban a propósito, para que tocara la gaita David. Hizo primero de FP de Hostelería, lo dejó por un trabajo en una pizzería, y ahora lleva con un socio un pequeño pub. Pero su objetivo es hacer un curso de guardia jurado en Barcelona. Dicen que en la seguridad privada hay futuro. No quiere saber nada de trabajar en la pesca. Sabe lo que significa el mar. Su padre, Isidro, y su hermano mayor, Ricardo, llevan meses fuera, en el barco. Siente que el mar le robó a su padre.

David es hijo del único matrimonio mixto que reside en Burela. En Cabo Verde, como en Galicia, como en todas partes, gustan mucho las telenovelas brasileñas. Y la historia de Isidro y Antonia se merecería una. Ella vivía con sus padres en Andorra (Teruel). Conoció a Isidro cuando era una adolescente y se enamoró de él. "Me gustaba porque era guapo y por lo amable

que era, por lo educado". Él había emigrado desde Cabo Verde y encontró trabajo en la construcción de una térmica.

La pareja escapó un fin de semana. Fue en 1978. "Llevábamos unos meses saliendo a escondidas y lo hicimos adrede, para que nos dejasen ser novios. Más tarde, mi madre me contó que ella y mi padre tuvieron que hacer lo mismo, escaparse para que los dejasen tranquilos. Pero eso me lo contó después. Porque, en principio, pusieron una denuncia. A Isidro lo detuvieron y a mí me preguntó el juez: '¿Tú lo quieres?'. Sí. '¿Te llevó a la fuerza?'. No. Le dije a mi madre que estaba embarazada. Y, claro, empezaron las habladurías, los disparates. Una señora me dijo que tendría un hijo de dos cabezas. Nos casamos. Nació el niño y no tenía dos cabezas: Ricardo era un niño guapísimo. Y, bueno, mis padres felices. 'Negrico, negrico', le decía mi padre. Pero Isidro se quedó sin trabajo. No emplearon a ningún negro en la térmica. Y entonces nos fuimos a Bembibre, a León. Allí trabajó durante siete años en un chamizo del carbón. La primera semana perdió nueve kilos. Tuvo un accidente, y lo hicieron volver con la herida abierta. Yo me enfrenté al médico y él me dijo: '¿Piensa que soy inhumano?'. No, le dije, no existe nombre para lo que es usted. Trabajó allí durante siete años, como picador, hasta que enfermó de bronquitis. No podía bajar a la mina. En Bembibre nació David. Y por fin nos vinimos para aquí. Era el trabajo que aparecía. Ir al mar. E Isidro dijo: 'Si hay que hacerlo, se hace'. Aquí, en Burela, nació Aarón, el pequeño, el más mimado. Problemas, problemas… Bueno, en Bembibre, al buscar una casa para alquilar, el dueño se me insinuó, pensaba que, como estaba casada con un hombre negro, pues era una mujer más fácil o algo así. Isidro quería partirle la cara".

"A mí lo que diga la gente me da igual, pero ¡las miradas! ¡Hay miradas, chico, asquerosas! ¡Lo que ha tenido que aguantar David por ir sentado conmigo en el autobús! Miradas que te están diciendo: '¡Mira esa el novio que se ha echado!'. Y quien está sentado conmigo es mi hijo. Una vez, en la calle, un tipo se nos quedó mirando como un bobo, y se pegó contra un muro. Bueno, te ríes y ya está. A mí la felicidad no me la van a quitar".

Y David también ríe: "En el autobús ya me cambio de sitio. Que vaya sola. ¡Yo soy de Burela, tío!".

SIGUIENTE COLUMNA / SUBIR
« PÁGINA UNO
FIN - VOLVER A LA PORTADA

PORTADA | REPORTAJE | IMÁGENES

EL PAÍS SEMANAL
Domingo 27 de octubre de 2002
© Copyright DIARIO EL PAIS, S.L.
(Miguel Yuste 40, 28037 Madrid-España Tel: 34 91 33782 00)